

PQ7297

· Z 353

m4

v.1



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

108872



PRIMERA PARTE

CAPITULO I

La confidencia

Estamos en 1845 y en una de las bellísimas casas de San Angel, ese pintoresco pueblo, situado deliciosamente sobre unas colinas en forma de anfiteatro, que se eleva risueño y poético a tres leguas de la grandiosa capital de México, presentando, con deliciosa cortesanía, las deliciosas campiñas y fértiles huertas que forman el matizado traje con que le engalanó la exuberante naturaleza.

El edificio en que van a dar principio las primeras escenas de nuestra historia, se levantaba magnífico y airoso, como uno de esos palacios de hadas, que parecen desprenderse de la tierra para perderse en el éter con fantástica sublimidad.

Servíale de entrada una espaciosa portada de orden dórico, con elegante puerta y enverjado de fierro, con exquisito gusto labrada. A la izquierda descubriase una casita pintoresca, pintada de encarnado, donde el entendido arquitecto había sabido colocar diestramente, aunque exprofeso, el aire rústico que debía distinguirla; y en seguida se presentaba una hermosa calzada, sombreada por los copudos fresnos y sonantes chopos, que a uno y otro lado levantaban su tupido

follaje, proyectando una elevada bóveda, que conducía a un despejado terrado circular, donde se destacaba, esbelto, el elegante edificio.

Sostenía el segundo cuerpo de esta casa, un peristilo corintio con enlosado de mármol de Génova; y al lado izquierdo y derecho que daban entrada al edificio, se descubrían dos magníficos pórticos, también corintios, en que el artista había dejado escrita una página honrosa que le colocaba entre los más distinguidos arquitectos de la antigüedad.

El espacioso patio de éste, que bien merecía ser llamado palacio, estaba cerrado por una bóveda de cristal, y las anchas galerías que dentro de él se encontraban, se veían sostenidas por elegantes columnas de jaspe de colores, en que el arte supo dejar satisfechas las exigencias del pensamiento.

En los ángulos de este despejado patio, de cuyo techo pendía una rica araña de luciente cristal, admirábanse cuatro esculturas de mármol de tamaño natural y de sobresaliente mérito, que hubiera envidiado el mismo Lisipo, sostenidas sobre bellísimos pedestales de la misma materia.

Enfrente, y dejando a izquierda y derecha dos descansadas escaleras de mármol blanco que conducían a la parte alta del edificio, se elevaba una preciosa puerta de vidrios de variados colores, que daba entrada a una extensa huerta, cultivada con el mayor cuidado y con el más delicado acierto. Allí, cercado de un delicioso balaustre con finas barandillas de hierro, manifestábase un profundo estanque, en cuyas dormidas aguas, perfumadas por el dulce azahar de los naranjos que a su derredor crecían, jugueteaban millares de peces de pintadas escamas, que cruzaban en todas direcciones.

Cerca de este sitio, y atravesando una calle de chirimoyos y limoneros, cuyo delicado aroma volaba en alas de una brisa primaveral, se ostentaba una gran pajarera con faisanes dorados y otras exquisitas aves de brillante plumaje, traídas de Asia, Africa y Europa.

En medio de un delicioso parterre, cubierto de las más exquisitas flores, veíase, a flor de tierra, otro cristalino estanque, en cuyas abundantes aguas se bañan majestuosamente los cándidos ánsares, los cálidos patos y unos blancos cisnes de Inglaterra, cuyo extraño graznido formaba un pronunciado contraste con la belleza de sus formas y con la gallardía de su nevado cuello.

Junto a este estanque, y sentadas en uno de los elegantes

bancos de piedra que le circundaban, se veían dos personas de un mismo sexo, aunque de diversa edad.

En las frescas mejillas de la una, brilla el nacarado color de la naciente rosa al recibir los primeros albores de la aurora; en sus ojos negros, grandes y rasgados, velados por las largas y sedosas pestañas, se descubría la mirada melancólica y tierna de un corazón noble y sensitivo, que exprime bondadoso los afectos más íntimos del alma; en los frescos y carmíneos labios de una boca perfecta, vagaba una de esas sonrisas dulces por su misma melancolía, interesantes por la pureza que entrañan, indefinibles por el espiritualismo que las rodea y elocuentes porque forman el idioma mudo, pero expresivo, del sentimiento; en su blanco y ovalado rostro, bello y simpático como el de la casta esposa de José que nos pinta Rafael en su divino cuadro llamado «La Perla», extendíase suavemente esa leve sombra que externa dulcemente el oculto dolor de un pecho virginal y sin mancilla; sus finas cejas, negras y arqueadas destacándose sobre el blanco mate de una frente espaciosa y limpia, dejaban adivinar en su despejada franqueza los pensamientos nobles y elevados de una inteligencia privilegiada que se revelaba en las formas perfectas de una elegante cabeza velada de negra, suave y abundante cabellera, recogida en gracioso peinado; en sus pequeñas y torneadas manos, blancas como el ampo y finas como la seda, sostenía negligentemente una sencilla y elegante sombrilla, cuyo mango de marfil cedía en blancura a los delicados dedos que distraídamente lo acariciaban; su pie pequeño, de elevado empeine y de perfecta hechura, estaba calzado por un zapato de raso negro, que contrastaba notablemente con la nevada seda de una media exquisita; un vestido de gaza azul de airoso corte, envolvía las mórbidas formas de un cuerpo aéreo y esbelto como el de Venus al nacer de la blanca espuma de los mares, vaporoso y encantador como las concepciones de un poeta, noble y airoso como el de Minerva al brotar de la fecunda cabeza de Júpiter. Era una de esas perfectas hermosuras, blancas, de cabellos negros, que exceden a lo increíble y realizan lo ideal; uno de esos tipos seductores que embellecen el rico país de Moctezuma; dulces como el cielo de su patria, tiernas como las embalsamadas brisas de sus vírgenes florestas, puras como los límpidos arroyos de sus escondidas selvas, sensitivas como la flor de este nombre, y hermosas como el ángel de la esperanza que sonríe al enamorado joven en sus ensueños de ventura.

¡Bellas descripciones de poeta!—exclamarán algunos—. ¡Se-

res ideales, hijos de una imaginación que se alimenta de ficciones, y a quienes la ilusión presta sus colores y sus formas! ¡Heroína de novela que, como todas las de igual linaje, resume en sí la sola al par de las perfecciones físicas, las más altas virtudes!

Pero, ¿han existido y existen esas privilegiadas criaturas de seductoras formas, cuyo celestial conjunto apenas bosquejaría el más diestro pincel de celebrado artista, y que la elocuente pluma del mismo Homero dudaría abrazar la difícil misión de escribirlas? Sin duda alguna.

En el largo catálogo de la gran familia humana hay seres privilegiados en quienes Dios ha vertido el inagotable manantial de su benevolencia y de sus dones, y que descuellan sublimes, tiernos y apacibles como el rostro misterioso de la noche entre las fulgentes estrellas que bordan el rico pabellón del cielo; y las perfumadas y pintadas rosas que elevan su purpúrea y virginal corola en medio de las multiplicadas flores de un risueño pensil; el poeta la escoge, y forma de las más bellas y exquisitas el delicado ramillete que anhela presentar al mundo.

Esto es lo que yo he practicado con la heroína de mi novela; era uno de tantos hermosos lirios esparcidos en el vasto jardín del mundo; lirio sorprendente, pero que ha existido realmente.

Admirador de su fragancia y hermosura, yo no he hecho más que elegirlo, para formar con otras flores el desaliñado ramo de mi pobre y humilde concepción.

Junto a este ángel en quien las auras de dieciséis tranquilas primaveras habían contribuido al desarrollo de todos sus hechizos, se encontraba una hermosa mujer de treinta y cinco años, de aire melancólico y tierno, de fisonomía llena de dulzura y de expresión. Dejábanse ver en su noble rostro ligeras y suaves sombras, severos denunciadores de tiernos y melancólicos recuerdos; el tiempo había disminuído en algo la suavidad de su delicado cutis, pero no le había podido despojar de un suave y purpúreo color, que conservaba aún toda la frescura juvenil, como conservan su brillante colorido al través de los siglos, los bellísimos cuadros de Rafael y de Murillo; en sus negros ojos, bellos y apacibles, se retrataba toda la dulzura de un alma que cifra toda su felicidad en esa satisfacción interna, inefable, que experimenta el justo tras la práctica de una buena acción; su cuerpo, de agradables formas, conservaba toda la flexibilidad y morbidez de los floridos años; sus manos, esa parte en que distingue el hombre observador el nacimiento y educación de la persona

a quien habla, dejaban ver su alto nacimiento y la selecta escuela de sus principios; su traje, aunque de valor, y cortado a la moda, era sencillo en sus adornos y de un color que cuadraba perfectamente con el carácter y edad de la persona que lo llevaba; aspecto, mirada, modales y movimientos, todo era noble y agradable en este sér que, si no estaba en la edad en que la mujer descuella la fuerza de todos sus hechizos, conservaba aún el suficiente mérito para poder inspirar afectos profundamente amorosos.

A juzgar por la gentileza de su cuerpo y la perfección de sus facciones, aquella mujer debió haber sido muy hermosa; tan hermosa, sin duda, como la encantadora joven que estaba a su lado, cuya alabastrina mano estrechaba con cariño maternal en la suya, y en cuyo apacible rostro tenía fijos los ojos con un interés mezclado de ternura y de compasión, que predisponía en el instante en su favor.

Entre aquellos dos seres que se hallaban, uno en el oriente y otro en cenit de la vida, había tal semejanza, tal aire de familia, que quien por primera vez llegaba a verlas, las tomaba por madre e hija.

Sin embargo, la de más edad de aquellos dos ángeles, nunca había sido casada, y aunque la joven había sido expuesta recién nacida a las puertas de la casa de un hermano con quien vivía, a la cual trataba como hija, y se le había dado una educación esmerada, nadie puso en duda jamás su virtud, ni mancilló su buen nombre con injuriosas sospechas; tan distante la ponía su conocida virtud, de la bastarda maledicencia del vulgo, siempre suspicaz, malicioso y murmurador.

Su cariño hacia la joven, jamás se tradujo ni se interpretó de una manera que pudiese empañar el limpio lustre de una reputación por nadie desmentida.

Su mismo hermano, hombre altamente celoso de la honra de sus mayores, a pesar del amor sin límites que le veía consagrar a aquella seductora niña, jamás dió entrada, ni remotamente, a la más ligera sospecha que envolviera un pensamiento ofensivo a la virtud del sér que llevaba su mismo apellido y su misma sangre.

En la idéntica semejanza de aquellos dos seres, no veía otra cosa que los efectos de la casualidad, de que tantos efectos nos presenta la caprichosa y fecunda naturaleza.

Así como en el vasto catálogo de la familia vegetal se encuentran plantas parecidas en la forma, aunque de distinta especie, así en la larga lista de la gran familia humana se ven con frecuencia individuos iguales en fisonomía y aun en

ideas y modales, pero distintas, sin embargo, en procedencia y nacimiento.

Pero no es esto sólo; la educación igual, el trato frecuente con las personas con quienes se vive, la tendencia natural que nos obliga a imitar todo lo que en ellas vemos de agradable, sin saber nosotros mismos lo que imitamos, nos hace adquirir de tal manera su gesticulación, sus movimientos, la manera de vestirnos, de accionar y hasta de expresarnos, que todas estas circunstancias reunidas concurren a darnos cierta identidad recíproca que fácilmente se atribuye a origen de familia.

Don Emilio, que éste era el nombre del que amparó a la inocente expósito, se constituyó en un verdadero padre, y se hizo cargo de ella con la benevolencia y afabilidad que caracterizan a las personas bien nacidas de América.

Don Emilio era solo; no tenía más familia que su hermana, entonces joven, hermosa, y dotada de un corazón tierno y compasivo.

Ambos, pues, acogieron a la niña como a un ángel que Dios les enviaba para que velasen cuidadosos su existencia.

La niña fué mirada desde entonces como hija, pero como hija idolatrada, en quien sus amorosos padres cifran el encanto de su vida.

Su educación, desde que tuvo edad para recibirla, fué esmerada; y tal fué el tesoro de virtudes y de hermosura que desplegó bajo el influjo de entendidísimos maestros y a la sombra benéfica de la que se había constituido en cariñosa madre, que don Emilio abrazó la idea de no contraer jamás matrimoniales lazos, sin que le impulsase a tomar resolución tan extraña otro objeto que el de no privar a su hija adoptiva de los cuantiosos bienes que poseía, y de los cuales se había propuesto dejarla por heredera única.

He aquí trazados a grandes rasgos, hasta el instante en que principian los acontecimientos que vamos a narrar, los caracteres de los tres personajes que van a jugar un papel principal en nuestra historia.

La noble mujer y la simpática joven continuaban sentadas, como llevamos indicado, junto al pintoresco estanque; la segunda, miraba distraída y como enajenada por un pensamiento profundo, la tersa superficie del agua, plateada en aquel instante por los primeros rayos del sol y cubierta de multitud de peces de variados colores que cruzaban en todas direcciones, en tanto que la primera no apartaba la vista del apacible rostro de la hermosa joven, a quien contemplaba con interés maternal.

Absorta cada cual en la idea que la dominaba en aquel instante, parecían dos estatuas, que representaban la dulce benevolencia estrechando cariñosa la mano de la melancolía.

—¿Qué tienes, hija mía?—dijo por fin la hermosa mujer con amoroso acento, rompiendo el silencio en que estaban sumergidas—. Días hace que advierto en tu semblante el tinte del pesar y de la tristeza, y esto me inquieta; ¿te sientes mala? Dímelo, por Dios.

—No, madre mía; no tengo nada; tal vez el exceso del cariño que usted me profesa, le hace ver en mi fisonomía lo que en realidad no existe.

—Sí, te quiero mucho; te quiero tanto como una madre tierna ama al único ser que tiene en el mundo—dijo la hermosa, llevando a su corazón la mano de la joven, que no soltaba las suyas—. Pero no es, Clotilde hermosa, el exceso del amor el que me engaña; por el contrario, él es quien me hace notar lo que al ojo del indiferente pasaría desapercibido.

—Yo estoy contenta, muy contenta—contestó Clotilde, tratando de sonreírse, pero dos lágrimas que asomaron a sus ojos hicieron traición a sus palabras.

—¡Contenta, y lloras!

—¡Madre mía!...

Y la joven reclinó su seductora cabeza en el seno de la cariñosa protectora para ocultar su dolor.

—No, Clotilde; tú padeces y me ocultas algún secreto que te mata; el llanto es la sangre del corazón, y sólo hay lágrimas cuando el corazón está herido por el pesar, o por el amor.

La joven se estremeció, como el enfermo al tocarle con la máquina eléctrica; su amiga advirtió aquel movimiento, que implicaba una confesión, y leyó en él todos los secretos que la triste huérfana trataba de ocultar en el fondo de su alma.

—Tu emoción te denuncia, hija mía—añadió la amable protectora, acariciando la suave cabeza de su protegida, que contestó abatida:

—¿Cree usted, señora, que yo...?

—Sí, Clotilde; creo que tu corazón está herido; pero sé también que esas heridas son menos dolorosas cuando se muestran a la amistad, que puede verter sobre ellas el bálsamo consolador del cariño y de la compasión.

—¡Oh! Sí; las penas confiadas a una amiga deben descargar el pecho del horrible peso que le oprime y le ahoga. ¡Cuán feliz la que cuenta con una amiga!

—¡Ingrata!... ¿Y no tienes tú una que daría gustosa por ti su sangre y su vida?...—dijo tristemente conmovida la bondadosa mujer—. ¿Hay alguien en el mundo que sea capaz de amarte como yo te amo?... ¡Echas de menos una amiga, cuando tienes a tu lado a la mujer que sólo piensa en tu felicidad y en tu ventura!...

—¡Ah!... Perdóneme usted; tiene usted razón; usted es cuanto hay que ser para mí en la tierra; mi amiga, mi compañera, mi madre...

La hermosa dama la estrechó en sus brazos con una emoción de amor indefinible, y exclamó con acento conmovido:

—Sí, tu madre; tu madre que no tiene más placer que tus caricias, que tu confianza, que tu amor. ¿Y temes aún abrir tu corazón a la que le das tan dulce título?

La joven vaciló un momento, y por toda contestación le apretó la mano en señal de gratitud.

—Vamos—continuó la excelente señora—, no me ocultes la verdad. ¿Miras con repugnancia al hombre que se ha dirigido a mi hermano pidiéndole tu mano?

Clotilde dudó otro instante.

—Quiero que me lo digas con franqueza; con la franqueza con que se confía un secreto a una amiga que sólo anhela nuestro bien.

—¿Usted lo exige, doña Inés?

—Yo... te lo suplico; y te suplico también—dijo, besando la frente de la joven—, que no salga de tus labios para mí en lo sucesivo, sino el nombre dulcísimo de madre.

—Pues bien, madre mía, toda vez que usted anhela que le abra mi alma, deber mío es confesarle a quien ha formado mi corazón, lo ha alimentado con saludables máximas y y le ha enseñado a obrar siempre con rectitud cristiana que...

Clotilde se detuvo, temiendo desagradar a su protectora con lo que iba a decir.

—Continúa, hija mía, continúa—exclamó Inés tratando de vencer la timidez de la huérfana—. Decías que...

—Que el señor Duval no me inspira el menor afecto agradable—exclamó Clotilde, haciendo un esfuerzo extremo y dejando ver en sus mejillas el carmín del virginal pudor.

—Lo sospechaba así.

—¿Y lamenta usted, madre mía—prosiguió la joven, alentada por las palabras de Inés—, que no tenga hacia ese hombre la simpatía y el cariño que serían indispensables para corresponder a su amor?

—No, querida Clotilde; antes me llena esa repugnancia

de satisfacción, porque así veo que marchan uniformes lo mismo nuestros sentimientos que nuestros gustos.

—¡Ah! Usted me abre las puertas de la felicidad, y vierte en mi pecho la consoladora esperanza, que lo ensancha y arroja de él la pesada carga del dolor que la oprimía.

—¿Y tendrás aún secretos para mí? ¿Lamentarás la desgracia de no tener una amiga a quien confiar tus penas cuando yo me encuentre a tu lado?...

—¡Nunca, nunca, madre mía!

—¿Y crees que siempre tendrás hacia el señor Duval la misma antipatía que hoy te obliga a temer este enlace que proyecta mi hermano?

—Siempre; pero sabré vencerla, si es preciso, para pagar, aun a costa de la felicidad de toda mi vida, los favores que debo al que hasta hoy me ha servido de padre. Mi deber es estar dispuesta, como lo estoy, a no tener sobre este asunto, más voluntad que la suya, y no titubearé en sacrificar mi reposo a su voluntad.

Y la joven se cubrió el rostro, para ocultar su dolor, con el pañuelo blanco que llevaba en la mano, semejando en su hermosura y actitud al numen de la Honestidad, a quien nos pintan los poetas cubierta de un velo, en ademán de llevar el dedo índice a la cara, para indicar que nada tenía de qué avengonzarse.

Inés comprendió todo el valor que encerraba aquella heroica resolución, que sólo la mujer tiene la suficiente virtud para cumplirla; y exclamó con dulzura:

—Muy digna es de ti esta contestación; pero yo no trato de consultar con tu gratitud, sino con tu corazón.

—El deber hacia quien me recogió en mi abandono, es sagrado para mí, madre mía.

—¿Y juzgas que no es más sagrado el deber hacia Dios?

—¿Y acaso lo pospondría yo llenando el deseo de mi padre?

—Sí; porque Dios nos ordena que no juremos contra lo que nos dicta la conciencia, y al jurar tú que contraías por tu voluntad unos lazos que repugnaban a tu corazón, faltabas a la verdad ante Dios, que leía en el fondo de tu alma.

Clotilde levantó la cabeza, como el girasol al sentir los benéficos rayos del astro bienhechor del día; aquellas palabras penetraron dulcemente en su corazón, como las gotas del rocío en el cáliz de la purpurina rosa al abrir su delicado botón; las densas nubes de los falsos deberes humanos que obscurecían el grato porvenir de su vida, se desvanecieron de repente ante los vivos rayos de la obligación de

conciencia, en armonía, por fortuna entonces, con los sentimientos de la naturaleza. Vió en aquella mujer, no ya sólo la dulce amiga a quien confiar sus penas y sus lágrimas, sino al numen de la Felicidad, cuya benéfica mano era el caduceo que la reconciliaba con la vida, y su bello corazón, el cuerno de la abundancia, henchido de benevolencia, de cariño y de compasión hacia ella.

En el apacible rostro de la joven, velado hasta entonces por la profunda tristeza y el dolor, brilló el expresivo tinte de la dulce confianza; en sus bellos ojos, humedecidos, poco hacía de abundantes lágrimas, apareció la luz del placer y de la inteligencia, brillante cual los ígneos rayos del sol después de la terrible tempestad; en su pequeña boca, envidia de los claveles y de las rosas, vagó seductora la sonrisa de los ángeles; y sus labios, frescos como el rocío entre las flores, y encendidos como la flor del granado, se entreabrieron dulcemente, dejando percibir una perfecta hilera de menudos dientes, émulos de las perlas en el brillo, y en lo blanco afrenta de la nieve.

—¡Cuán buena es usted, madre mía!...—exclamó Clotilde con emoción profunda, echando sus ebúrneos y torneados brazos al nevado cuello de la hermosa Inés, y colocando en su frente uno de esos ósculos que envuelven todo el sentimiento de un corazón agradecido; uno de esos besos llenos de mística dulzura, que descienden al alma como el celestial maná que la embriaga y la alimenta.

—Bien, hija mía; no quiero analizar las causas de tu repugnancia hacia el señor Duval. Por mi parte, nunca lo he juzgado digno de tu mano; y si no te he manifestado hasta ahora la antipatía que me inspira, ha sido porque temía causarte un disgusto, si acaso le amabas.

—¡Amarle! No, madre mía; ¿cómo podría yo amar al hombre que ha arrastrado a mi bienhechor al detestable vicio del juego, arrebatándole la tranquilidad en que vivía?

—Tienes razón; él ha venido a emponzoñar nuestra vida, a llenarnos de temores y de inquietudes; sí, de temores y de inquietudes, porque el juego es una sirena de irresistible encanto, que nos atrae, brindándonos con los tesoros ajenos para absorberse los nuestros, la paz del alma y muchas veces hasta nuestro honor.

—¡Es mucha verdad!

—Mi hermano, que no se separaba de nuestro lado, ahora dedica su ternura y su pensamiento al azar de una carta, y pasa el día, y gran parte de la noche, en casa de ese hombre, junto a una mesa en que se aventura la fortuna de mil

familias que pasarán de un golpe, del más alto grado de opulencia, a la miseria más espantosa.

—Por fortuna, don Emilio es prudente y estoy segura de que no comprometerá las riquezas que le proporcionan a usted todas las comodidades de la vida, al capricho de la inconsciente fortuna.

—La prudencia cesa desde el instante en que el hombre se aparta un ápice de la senda trazada por la virtud; el camino del vicio es pendiente y resbaladizo, y puesto en su orilla una vez al pie, la planta resbala insensiblemente; el humo de las pasiones nos venda los ojos, embarga nuestros sentidos, halaga nuestra alma, y alucinada la razón con los deslumbrantes y fáciles placeres con que se le brinda, pierde la facultad de dirigirnos, y nos precipita en la profunda sima del mal, donde nos espera un pronto desengaño y un arrepentimiento tardío.

—En mala hora salió de los Estados Unidos ese hombre y puso los pies en nuestra patria. ¡Eramos tan felices antes de conocerle!

Y la huérfana volvió a perder la alegría y la esperanza a que poco antes se había entregado, alentada por las palabras de su protectora.

—No te aflijas, hija mía—dijo Inés, acariciando a la sensible huérfana—; el mal, por fortuna, tiene remedio todavía.

—¿Lo cree usted así?

—Sí, Clotilde; mi hermano, como tú has dicho hace un instante, es hombre de recto juicio; en su corazón aun no puede estar arraigada la pasión del juego, puesto que él siempre, hasta la llegada del señor Duval, ha detestado ese aborrecible vicio. Pues bien, yo le hablaré; le haré saber la inquietud en que vivimos por su cambio de conducta; lo peligroso que es admitir la amistad de un hombre cuyos antecedentes no conocemos, y cuya casa sirve de centro de reunión a las personas que arriesgan sus intereses a la fragilidad de una baraja.

—Sí, madre mía.

—Y le diré también que no comprometa la menor palabra respecto a ti, sin consultar antes con los sagrados deberes que, al recibirte como hija, se impuso de labrar tu felicidad, y, sobre todo, sin contar con tu corazón.

—¡Ah! Usted es un ángel que la Providencia se ha dignado enviarme para que embalsamara mi existencia.

—No, no soy un ángel; no soy más que una pobre mujer que comprende el tierno corazón que abriga nuestro desgraciado sexo.

—¡Ah!... Si los hombres lo comprendieran como usted, madre mía...

—¡Los hombres!... Los hombres jamás harán justicia a nuestro sexo; ¿se han tomado, por ventura, alguna vez la molestia de estudiar el tierno corazón de la mujer, para comprender los exquisitos grados de sensibilidad, de amor y de pureza que atesora? Para ellos, nosotras no debemos tener voluntad propia; nuestra alma debe estar dispuesta a amar al primero a quien nos manden que amemos, y a arrojar del fondo de ella al sér que la haya hecho latir tiernamente de amor. Incapaces de sentir como nosotras sentimos, no titubean en medir las afecciones íntimas, puras y desinteresadas que abriga nuestro sensitivo pecho, por los pronunciados quilates de su ambición y de su egoísmo, y tratando de subordinar nuestra voluntad a la mezquina pauta de sus bastardos intereses, nos niegan el derecho de deliberar y de elegir, de pensar y de querer, y hasta el afecto natural del sentimiento amoroso, concedido a todos los seres de la creación. Acostumbrados desde la niñez a dominarnos por la fuerza física con que los dotó la naturaleza, traducen nuestra humildad por hipocresía, nuestro recato de apocamiento, de insensibilidad nuestra modestia, y de indiferencia nuestra moderación.

—Y por eso alejan la confianza de nosotras; por eso, aunque reviente el corazón de pena, ocultamos el dolor a sus ojos, porque tememos que no sea comprendido; que en vez de conmoverles nuestras lágrimas, les cansen y les molesten. He aquí por qué no he sido franca con mi protector; he aquí por qué al hablarme del señor Duval y proponerme su mano, he enmudecido, he callado la pena que me prensaba el pecho, y me he resignado a ser sacrificada sin abrir mis labios para exhalar una queja.

Y tenían razón aquellos dos seres para quejarse de la injusticia de los hombres.

El corazón de la mujer, ese tesoro inagotable de benevolencia y de caridad, en cuyo fondo colocó Dios con sublime inteligencia, todos los gérmenes de virtud, todas las celestes sensaciones que subliman a la criatura humana, que la embellecen, que la constituyen en un ángel de amor, de piedad y de consuelo; ese corazón, manantial de donde parten todas las virtudes, todos los consuelos, todas las esperanzas; tierno como el de una madre; casto como la sensitiva, que cierra su corola al contacto de la mano del hombre, para que no manchen su pureza; cándida como el alma del

niño que sonríe en la cuna; puro como el tibio rayo de la plateada luna al resbalar sus nítidos rayos sobre el leño de la cruz, y religioso como la oración que elevan al Eterno las púdicas esposas del Señor; ese corazón siempre dispuesto al bien, a la caridad, a la compasión y a la ternura; ese corazón no lo comprende el hombre, porque para comprenderlo, más que el estudio profundo de las ciencias a que asiduamente se dedica, se necesita un corazón que sepa sentir, que no se haya endurecido en la ambiciosa escuela de la intrigante política, y que no haya saciado los placeres en el turbulento océano de los ilícitos deleites en que se embotan los delicados sentimientos del alma.

La mujer, ángel de hechiceras formas, donde residen en perfecta consonancia y armonía las bellezas físicas y los afectos morales, donde se hallan combinados sabiamente el talento y la modestia, el recato y la afabilidad, el amor y la honestidad; ese benévolo sér enviado al mundo para endulzar el amargo destierro de los descendientes de Adán, enjugar sus lágrimas, consolar sus penas y cicatrizar las heridas que abren en el corazón las vicisitudes y las desgracias, sólo ha encontrado en el árido sendero de la vida, la injusticia, la ingratitud, la murmuración y la crueldad de parte de esos mismos hombres a quienes han colmado de venturas.

Nadie en el mundo más injustamente calumniado como esa dulce mitad del género humano, y nadie tampoco, por lo mismo, más digno de nuestras consideraciones como la mujer.

Inocente y pura a la vez que sensible y débil, es semejante a un límpido arroyo que vivifica las plantas todas de un risueño jardín; riente y apacible siempre, toma la dirección que el hábil jardinero quiere darle, porque no tiene más voluntad que la de obedecer; pero si el jardinero, sin piedad y sin respeto a tanto amor, penetra en él y pisotea el fondo, el agua se enturbia, pierde la marcha dulce que llevaba y por mucho tiempo muestra en sus linfas la señal constante de la crueldad con que fué tratado.

Sé cariñoso con la mujer, y tu amor será correspondido, porque la mujer no tiene más voluntad que la del hombre a quien una vez entregó su corazón; pero no la hieras, por piedad, porque entonces enturbiarás el contento de su alma, y la condenarás a padecer y a que lleve por mucho tiempo impreso sobre su frente el dolor y la tristeza que le causara tu insultante ingratitud. Si no la encuentras después complaciente y risueña como en el instante de haberla conocido,

cúlpatelo a ti solo, que turbaste su alegría, como el jardinero que enturbió el límpido cristal del arroyuelo.

Decís que la mujer es una flor hermosa que brinda sus perfumes a todo el que a ella se aproxima.

Yo no puedo participar de esa opinión.

Es, sí, una flor; pero es la flor del narciso que dice: soy vuestro esclavo, pero me habéis de amar a mí solo; es la pasionaria azul que indica creencia religiosa; es la rosa silvestre que expresa sencillez y ternura.

Estas son mis creencias, mis convicciones con respecto a la dulce compañera que el Eterno envió al mundo para embalsamar la amarga existencia del hombre.

Ahora sigamos el hilo de nuestra historia.

Inés y Clotilde seguían mirándose tiernamente y estrechándose la mano, reproduciendo en su expresiva actitud la grata alegoría de la Fidelidad, a quien representaban los antiguos por dos mujeres que sencillamente se están dando la mano.

—¿Estás ya tranquila, hija mía?—dijo la primera, sonriendo con maternal agrado.

—Sí, señora; me tenía triste el proyecto desagradable de ese enlace; pero las palabras de usted han hecho renacer la confianza en mi pecho.

—Pero, ¿me responderás a la pregunta que voy a hacer, con la franqueza con que se responde a una amiga?

—¿Puede usted dudar, madre mía?

—¿Sin reserva?

—Sin reserva.

—Pues bien, dime: ¿tu tristeza reconocía por único origen el temor de pertenecer al señor Duval, o se agregaba a ese temor el sentimiento inspirado por otra persona, a quien te verías precisada a cerrarle la puerta de tu corazón?

El apacible semblante de Clotilde se tiñó con las suaves tintas del vergonzoso pudor, y reclinó su linda cabeza sobre el seno de su bienhechora, para ocultar el encendido carmín de sus mejillas, como oculta el frondoso cerezo entre las amantes ramas que le adornan, su purpúreo fruto.

—Lo he adivinado—continuó la hermosa Inés, leyendo en la marcada mutación que se operó en el semblante de su protegida la confesión de su oculto amor—. Tu pecho está ya ocupado por la grata imagen de un sér que ha cautivado tu voluntad; ¿no es así, hija mía?

—Señora...—contestó sin alzar los ojos la joven.

—¿Para qué callarlo? ¿No me has prometido ser franca?

—Es cierto.

—¿O crees que no he sido yo también joven como tú lo eres? Sí, querida Clotilde; antes de que el severo tiempo dejara impresa en mi rostro la profunda huella de su constante curso, mi rostro habían acariciado las frescas brisas de la risueña juventud; antes que mi corazón sintiese el hielo de la reflexión, había latido violentamente abrasado con el fuego del verdadero amor; la grata esperanza, las dulces ilusiones y el risueño porvenir volaban en torno mío agitando sus doradas alas, cual vagan lucientes mariposas en torno de la fragante rosa del ameno pensil. Mas ¡ay!, las horas del placer y de las soñadas venturas mueven inquietas sus pintadas alas y pasan veloces con la rapidez de una exhalación celeste; las del pesar y del dolor se ciernen lentamente sobre nuestras cabezas y marchan con pesada lentitud, señalando en su curso perezoso los dulces recuerdos del pasado y las punzantes amarguras del presente.

—¿Conque usted tampoco, madre mía, se ha substraído al poderoso influjo del amor?

—¿Y quién es el sér que no ha pagado tributo a su universal imperio?—dijo Inés con aire melancólico, y como recordando con grato sentimiento una época más feliz de su vida—. ¿Podría ser mi corazón más sensible que el de las selváticas fieras y que la dureza de las mismas rocas? El casto amor, el amor que brota en un alma virgen y sin mancha, no es un sentimiento vulgar y vergonzoso; es, sí, un afecto delicado y tierno, que ennoblece a la criatura y que Dios ha infundido en nuestra alma para sublimarla y enaltecerla. Pero nada hay inmutable bajo la bóveda del cielo; todo está sujeto a continuos cambios y mutaciones; todo subordinado a la inestabilidad de la mudable rueda, de la caprichosa fortuna y a la inexorable severidad del tiempo. Así como las aguas de un torrente se desprenden con estrepitoso ímpetu de su espumoso seno, y a medida que descienden por apartadas sendas van perdiendo insensiblemente su violenta fuerza, y ya lejos del punto de partida marchan dulces y serenas hasta quedar dormidas en el seno de un tranquilo lago, así en los floridos años de la juventud brota del corazón el amor impetuoso, ardiente, irresistible; modera su ímpetu al entrar en la reflexiva senda de la edad viril, dulcificase al pasar los lindes de ella, y duerme tranquilo al penetrar en el frío desierto de la ancianidad.

—¿Con qué gusto la escucho a usted, madre mía!

—Ese es el curso natural señalado por Dios a la humana criatura que recorre todos los grados de la existencia; esa es la senda trazada por su dedo divino a todos los mortales, y

de la cual sólo consigue separarse aquél a quien ha negado uno de los más preciosos dones: el de la sensibilidad.

—¿Y cuándo es uno más feliz, madre mía, en los distintos grados de pasión que el tiempo imprime en el alma?

—Cuando está más tranquila la conciencia. La Providencia, en su alta sabiduría, ha sabido dar a cada edad sus exigencias y sus goces, sin que ninguna envidie las prerrogativas de la otra. ¿Cambiarías tú por todos los tesoros de la tierra la dulce esperanza de unírte algún día al hombre que ha hecho latir tu corazón de amor?

—Jamás.

—Pero, a pesar de tu solemne promesa, todavía no me has dicho su nombre. ¿No me crees digna de esa confianza?

—Sí, madre mía.

—¿O crees que yo denuncie a alguno tu secreto?

—No soy capaz de ofenderla a usted con esa suposición.

—¿Entonces, a qué es tu reserva? ¿Lo crees acaso indigno de tu amor?

—El hombre que amo, señora—exclamó con entusiasmo y dignidad la joven—, es merecedor de la pobre expósito, cuyo corazón habéis formado con vuestro ejemplo y con vuestras virtudes.

—Lo creo así, hija mía—exclamó Inés, estrechando entre sus brazos a la hermosa Clotilde—. ¿Pero cuál es su nombre?

La joven inclinó la cabeza para ocultar su rubor, y contestó:

—Leopoldo.

—¿Leopoldo Cabrera?

—El mismo.

—El distinguido pintor, cuyos cuadros han llamado la atención tanto de nacionales como de extranjeros?

—Sí, señora.

—¿Y sospecha algo mi hermano?

—Todo lo ignora.

—Pues es preciso que no llegue a descubrir tu secreto.

—¿Por qué?—preguntó aterrada la joven.

—Te lo explicaré más tarde; veo salir del pomar y acercarse al parterre al señor Duval, y pudiera oírnos.

—¡Duval! ¡Siempre ese nombre!

—Silencio; vamos hacia adentro, que es ya la hora del almuerzo.

Y la bella protectora se levantó de su asiento.

—Una palabra, nada más—dijo afligida la joven.

—¿Cuál?

—¿Juzga usted digno de mi amor al hombre que ha hecho latir mi corazón?

—Sí, hija mía.

—¿Debo seguirle amando?

—Yo te lo permito.

Clotilde estrechó la mano de su bienhechora con la efusión de una alma agradecida, y se preparó a seguirla.

No bien acababan de poner la planta fuera del delicioso parterre, cuando vieron salir del espeso pomar de delicadas frutas al señor Duval, que venía al encuentro de ellas.

—Acaba de llegar el ómnibus de México con varias familias y jóvenes de festivo humor—exclamó acercándose.

—Así estará animado el baile de esta noche y el paseo del Cabrío mañana—contestó Inés.

—Y no lo estará menos mi partida de juego.

—¿Y sabe usted quiénes son los jóvenes aptos para el baile que vienen a favorecernos?

—El señor Miranda, Landero, Zurita, Rodríguez y otros muchos a quienes no conozco.

Clotilde quedó desconsolada; Inés, que leía lo que pasaba en su corazón, preguntó:

—¿Y sólo a esos conoce usted de los que han llegado?

—No; hay otros dos, cuyos nombres se me habían olvidado.

—¿Y quiénes son?

—Uno de ellos, Mendiola; el otro lleva un apellido de tristes recuerdos para usted y su hermano.

—¿Cuál?

—Leopoldo Cabrera.

La joven se estremeció de placer al escuchar este nombre, y se puso pálida como la muerte; Inés advirtió aquella emoción y le dirigió una mirada de ternura y de confianza.

Duval, que no estaba en el secreto de la mujer que amaba, les ofreció contento el brazo para acompañarlas a la casa.

Inés aceptó en el acto y Clotilde hizo lo mismo, después de haber cortado una siempreviva que colocó en el pecho.